

## ¿CAPITALISMO? SU MUERTE ... NUESTRO FUTURO

Una continua elevación del nivel global del mar, el avance de la desertificación, el aumento de la acidez del agua de mar con graves consecuencias para la flora y la fauna, la desaparición de los arrecifes de coral, la contaminación de los acuíferos y del aire, la sequía, las condiciones climáticas extremas difíciles de gestionar y predecir.

Por desgracia, no se trata de un escenario catastrófico sacado de un bestseller de ciencia ficción, sino de una previsión de las consecuencias del recalentamiento climático de aquí a 2030. En una década, el mundo tal y como lo conocemos podría cambiar por completo, convirtiéndose en un entorno hostil y peligroso para miles de millones de personas. Así lo indica un informe publicado por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC - <https://www.ipcc.ch>), el principal organismo científico dedicado a investigar la evolución del clima de la Tierra.

El informe afirma que, al ritmo actual, en 2030 el aumento de la temperatura media del planeta será superior a 1,5° C, considerado como el umbral crítico a partir del cual no será posible volver a la situación anterior. Las conclusiones del IPCC son el resultado de años de trabajo, basado en la investigación de miles de científicos. El texto final fue redactado y revisado por 91 científicos de 40 países diferentes. Estas predicciones catastróficas no son el resultado de una simple hipótesis, sino que se basan en el estudio y la observación de cambios que ya se están produciendo desde hace décadas y que, en los últimos cinco años, han empezado a mostrar su magnitud con una evidencia cada vez mayor.

Inundaciones, crecidas repentinas, desprendimientos de terrenos, sequías extremas, tormentas violentas, tornados, inviernos especialmente duros, incendios incontrolados: todos ellos son fenómenos meteorológicos extremos que aumentan rápidamente y que provocan cada año millones de refugiados medioambientales. Solo en 2016, 24,4 millones de personas se vieron obligadas a huir de sus hogares debido a catástrofes medioambientales.

Según el informe del Banco Mundial (<https://www.worldbank.org/.../meet-the-human-faces-of-...>), en 2050 habrá 143 millones de refugiados medioambientales en el mundo. Pero tampoco hay que buscar mucho para entender de qué estamos hablando. La ola de mal tiempo que azotó Italia en el otoño de 2018 mató a 37 personas en toda la península. Se registraron fenómenos atmosféricos absolutamente anormales para el clima mediterráneo. Recordemos el caso del torbellino en el Golfo de Salerno, así como en Apulia y Calabria, y las fuertes lluvias que provocaron inundaciones devastadoras en Sicilia y el norte de Italia, o los fortísimos vientos que derribaron miles de pinos en los bosques del Véneto y el Trentino.

Ante tal panorama, sería natural pensar que una alerta de esta magnitud estaría entre las principales preocupaciones de los gobiernos de las potencias capitalistas avanzadas, que son, por un lado, los máximos responsables de estos fenómenos y, por otro, los que disponen de medios y recursos para invertir en la solución del problema. Desgraciadamente, este no es el

caso. Porque si bien es cierto que, en 2015, 195 países del mundo habían firmado el famoso Acuerdo Climático de París, en el que se comprometían a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero responsables del cambio climático, también es cierto que desde entonces las emisiones de CO<sub>2</sub> de las principales potencias económicas del mundo han aumentado considerablemente y no se ha hecho prácticamente nada.

Solo en 2018, China registró un crecimiento del 4,7% de las emisiones y genera por sí sola el 27% del CO<sub>2</sub> mundial; seguida de Estados Unidos (15% del total), India, Rusia, Japón, Alemania, Irán, Arabia Saudí, Corea del Sur y Canadá. Además, los acuerdos fueron inmediatamente criticados por la comunidad científica internacional porque no preveían ninguna limitación temporal ni sanciones para los países que no cumplieran las directrices generales acordadas.

Por otro lado, el fenómeno de la contaminación insostenible a la que nuestra sociedad está sometiendo al medio ambiente en el que vivimos debería ser muy preocupante, no sólo en cuanto al cambio climático, sino también en cuanto a la contaminación por la liberación al medio ambiente de grandes cantidades de sustancias no reciclables que tienen tiempos de eliminación de cientos o incluso miles de años. El plástico, los residuos químicos industriales, los derrames de petróleo en los océanos, el uso de herbicidas cada vez más nocivos, la imposibilidad de reciclar los viejos componentes de los equipos eléctricos: estamos rodeados de objetos que el progreso tecnológico de la era del capitalismo 2.0 ha permitido producir, pero no eliminar.

¿Algunos pequeños ejemplos? Los residuos abandonados en plena naturaleza, además de la contaminación visual que representan, constituyen un verdadero peligro para el medio ambiente. Su degradación natural puede ser extremadamente larga. Además, puede liberar moléculas peligrosas en el suelo y el agua, tanto para el ser humano como para la naturaleza. Por ejemplo, una sola colilla, que puede durar hasta 5 años, arrojada a un río puede contaminar 500 litros de agua. Un litro de aceite usado, con una "vida útil" de entre 5 y 10 años, puede cubrir una superficie de 1.000 m<sup>2</sup>, impedir la oxigenación del agua y perturbar la fauna y la flora durante varios años. La vida útil de los residuos que quedan en el medio ambiente depende de su naturaleza. Los elementos biodegradables, es decir, los formados por materia orgánica (residuos verdes, papel, etc.) desaparecen en menos de un año. El papel higiénico, por ejemplo, puede degradarse en sólo 2 semanas y el corazón de una manzana tarda entre 1 y 5 meses en desaparecer. En cambio, el chicle tarda 5 años en desaparecer, el metal tarda 10 años en oxidarse por completo y los plásticos, el poliestireno y otros materiales sintéticos similares tardan entre 100 y 1.000 años en desaparecer. El vidrio, en cambio, puede resistir más de 4.000 años, como lo demuestran los hallazgos arqueológicos egipcios. Los residuos nucleares son los más lentos de eliminar. Mientras que el yodo-131 y el yodo-125 tardan 8 y 60 días respectivamente en desaparecer, el carbono-14 tarda unos 5.730 años y el uranio-238 nada menos que ... 4.500 millones de años).

Tanto Trump como Bolsonaro han abogado por retirarse de los acuerdos de París y priorizar el "desarrollo económico" sobre el medio ambiente. Por desgracia, estas posturas no son el

resultado de los "delirios" omnipotentes de individuos desconectados de la voluntad de las clases dirigentes locales, sino que son la expresión más viva de las mismas.

En un período caracterizado por las luchas económicas entre las grandes potencias (piénsese en las tensas relaciones entre China y Estados Unidos), las tensiones interimperialistas, la saturación del mercado mundial y un crecimiento vertiginoso de las desigualdades sociales, los grandes productores privados, cuyos intereses están bien defendidos por las actuales clases políticas de todos los colores, utilizan todos los medios a su alcance para tratar de revitalizar un crecimiento económico cada vez más anémico y mantener su tasa de beneficio elevada. Este mecanismo está en el origen de la gran paradoja de un sistema económico y social incapaz de autorregularse y de cambiar de rumbo, habiendo emprendido un peligroso camino que nos lleva a la autodestrucción. Precisamente porque en el sistema social en el que vivimos el instrumento más poderoso es el dinero y los intereses de miles de millones de personas y la propia supervivencia de la especie humana se ponen en manos de individuos que sólo piensan en construir su fortuna en un mundo que mientras tanto se consume peligrosamente .

Un ejemplo de ello es el problema del sector energético: ¿cuántas veces nos hemos preguntado cada uno de nosotros por qué vivimos en una sociedad que cree que puede enviar hombres a Marte, pero no puede deshacerse de las emisiones provocadas por el uso de combustibles fósiles? La respuesta es más sencilla de lo que parece: ¡porque vivimos en el capitalismo! En un sistema social en el que el beneficio privado es el pilar fundacional de la organización social, las políticas energéticas, sociales, internacionales, etc. que se llevan a cabo no tienen en cuenta los intereses de la colectividad, sino los de un grupo social particular, minoritario y dominante. Una de las principales limitaciones del acuerdo de París es el punto relativo al uso del petróleo: de hecho, los productores de petróleo y gas, tanto empresas como países, se opusieron y consiguieron que no se especificara ninguna fecha para la descarbonización de la economía.

Otro ejemplo flagrante de la arrogancia del lobby petrolero es la campaña de 60 millones de dólares financiada en los últimos años por la empresa estadounidense Exxon Mobil para demostrar que el calentamiento global no es antropogénico. La estrategia consistía claramente en manipular a la opinión pública para impedir que se reconozca el consenso científico que se está formando sobre estas cuestiones.

La tecnología moderna y los conocimientos científicos, combinados con una producción planificada en función de las necesidades reales de la población mundial y no sujeta al afán de lucro de los particulares, permitirían encontrar soluciones eficaces y sostenibles en poco tiempo. El gravísimo problema del cambio climático y la contaminación global, y la total incapacidad de la actual clase dirigente para afrontarlo, son la prueba más inmediata y evidente del arcaísmo y anacronismo del sistema social en el que vivimos. El capitalismo no es capaz de responder a los retos actuales que plantean las consecuencias de su propio desarrollo. Para ello, necesitamos instrumentos de organización social mucho más avanzados y racionales que los que la humanidad ha tenido hasta ahora.

Y cuidado, porque no es una elección opcional, sino la única posible: socialismo o barbarie.